

# KAFKA, LA LUNA Y EL DESIERTO

POR RENATO PRADA OROPEZA

Aquel día amaneció nublado. Después de tomar el desayuno, que mamá me sirvió como de costumbre en el comedor mientras ella desayunaba en la cocina, salí a la calle para comprar un periódico. En la primera página resaltaba la noticia, en titulares enormes, del primer alunizaje del hombre. “Algo que tenía que suceder tarde o temprano”, pensé mientras ojeaba las páginas en busca del Editorial. Este trataba de algo que aparentemente nada tenía que hacer con los sucesos sobresalientes de la jornada. Comentaba, en un estilo acre y dramático la “extraña” proliferación de los suicidios. “Un índice de la descomposición social de nuestro tiempo que manifiesta la desintegración de valores morales en el individuo”, decía. Pensé que esa frase era un lugar común, ninguna novedad, aunque en general el artículo era bueno como todo lo que escribía el señor Méndez.

El señor Méndez era un vecino mío. Vivía patio en medio en la misma casa. Tenía una familia bien organizada, burguesa. El trabajaba como director de un matutino y, además, ejercía la cátedra de Sociología en la Facultad de Derecho. Los esposos Méndez tenían una sola hija, de siete años.

Cuando terminé de leer el periódico en la calle, levanté los ojos para observar las nubes, pues sentía una brisa húmeda anunciadora de tormenta. En efecto, el cielo era una masa oscura extendida en forma compacta sobre la ciudad. “Tendré que meterme en mi cuarto y leer todo el día”, me dije con el placer que produce imaginar la paz de estar leyendo un libro mientras gotea afuera la lluvia.

Al entrar nuevamente en casa, tropecé con Marujita, la hija de los Méndez. Estaba sentada en uno de los peldaños de la grada que lleva al

segundo piso.

—¡Hola! —le dije extendiendo mi periódico doblado para darle un ligero golpe en la cabeza a modo de caricia.

—Buenos días —me dijo.

Marujita era una niña que adquiriría ante los mayores una postura seria, ensimismada artificialmente por el constante halago de los vecinos y de sus padres por su desacostumbrada inteligencia. Pues, a pesar de sus escasos años, cursaba el tercero y leía perfectamente. Gustaba aparentar gravedad en el rostro y rigidez en la postura, porque las tenía como características de persona inteligente. Siempre tenía algo que manifestarme cada vez que nos encontrábamos lo que hacía que me acercara a ella con renovado interés.

—Hoy madrugaste —le dije sentándome a su lado para iniciar una conversación.

—En casa hay problemas —me dijo con el ceño arrugado—. Papá conversa con mamá sobre algo importante y me mandó afuera para que no les escuchara. No me gusta que tengan secretos conmigo —terminó en un tono seco, perentorio.

—Ah —dije moviendo la cabeza en un gesto de desaprobación no sé si por la conducta de Marujita o de sus padres.

—Anoche mi padre se vino temprano... Creo que estaba un poco resfriado. Y se metió en cama...

—Con el tiempo que hace —comenté.

—Antes de dormirse me leyó una historia de la Enciclopedia Universal —continuó la niña—. Era muy linda e instructiva. Trataba de unos animalitos que viven en algunas islas o lugares vecinos al mar. Son roedores pequeños que se... —se detuvo un poco avergonzada por no poder recordar la palabra precisa.

—¿Reproducen? —recurrí en su auxilio creyendo haber adivinado la historia.

—...prolifera de una manera asombrosa —continuó sin pestañear por mi desafortunada intervención—. Por esta circunstancia, llega un momento en que la supervivencia de la especie es amenazada por escasez de alimento y espacio vital... Ante este problema, aparentemente insoluble, los más decididos y fuertes del grupo empiezan a meterse mar adentro hasta que les faltan las fuerzas para seguir nadando y perecen ahogados.

—Un suicidio colectivo —dije recordando el artículo del señor Méndez.

—No, “un sacrificio por el futuro de su sociedad” —me corrigió Marujita, repitiendo aparentemente las palabras de su padre.

Era un tema muy poco atractivo para iniciar el día y conversar con una niña de siete años. Por ello pensé en alguna pregunta que hiciera placentera nuestra charla. Pero, no se me ocurría ninguna. Fue la misma Marujita la que cambió el tema con la inconstancia tan natural y fresca de la infancia. Empezó a preguntar sobre mi trabajo de tesis. Más de una vez habíamos “abordado el asunto”, pues ella intuía que era el tema que más me entusiasmaba en nuestras conversaciones. Le hablé de mis últimos adelantos. Sin cuidarme del vocabulario ni de las circunstancias tan particulares de mi interlocutora, le enumeré los aspectos que más dificultades encontraba en mi investigación: Si efectivamente se podía mantener la concepción de la esencia formalista en el hombre, qué significaba el hecho de nuestra historicidad radical y el de nuestra finitud no menos radical, además, cómo se podía conciliar tal posición con el dato indudable de nuestra libertad, entendiéndola como un real hacerse y no un mero decidir sobre lo eternamente propuesto en la esencia universal, pues, si se analizaba cuidadosamente el sentido mismo de la decisión, se podía ver que ésta encerraba ya en sí como presupuesto la misma libertad en el sentido de un poder elegir... etc., etc. Ella me escuchaba moviendo la cabeza en signos de asentimiento como si entendiera perfectamente todas esas preocupaciones abstractas. Nuestra conversación fue interrumpida por las primeras gotas de la lluvia que se precipitaron ruidosamente sobre el pavimento del patio y por el llamado de la mamá de Marujita que la requería en su departamento.

Crucé el patio y subí las escaleras. En pocas palabras le informé a mamá sobre los acontecimientos que hicieran noticia. Ella mostró su escepticismo respecto a los beneficios que podía traer la conquista espacial. “Ella mostró su esta gente se lanza en aventuras que solamente costarán vidas y dinero”, sentenció frunciendo los labios como cada vez que reprobaba algo. Yo la besé en la frente y la dejé en su pequeño y maravilloso mundo doméstico para meterme en mi escritorio.

Tomé *El Castillo*, de Kafka y me puse a hojearlo tentado en emprender la lectura de ese hondo laberinto. Algunas gotas gruesas de lluvia tamborilearon en mi ventana como golpes de dedos que quisieran llamar mi atención. Miré a través de los cristales y sorprendí justamente a la señora Méndez en su afán de cerrar las persianas de sus ventanas. “Ellos se meterán en cama, por supuesto”, me dije emprendiendo decididamente, junto con K., la fatigosa serie de trámites para tratar de llegar al Castillo.

“¿Una nueva versión del mito de Sísifo como expresión alegórica de nuestra condición humana?” “No, no se trata de cumplir eterna y fatigosamente, la misma condena, pues es muy dudoso que haya un Juez (el dueño del Castillo) y una condena precisa: el dolor o la angustia... Es un esfuerzo artístico, y por tanto íntimo, de representarse (ponerse al frente de uno mismo) la condición de radical orfandad humana”. “Pero, en este caso también el mito de Sísifo nace en una clara intención mimética de nuestra más íntima realidad como...”, dialectizaba conmigo mismo en un intervalo, un respiro profundo antes de volver a sumergirme, cuando fui sorprendido por la visita de Manuel.

Manuel estaba completamente empapado por el aguacero que continuaba afuera.

—No podía estar en casa —me dijo casi disculpándose al notar mi asombro por su aspecto.

—¡Vaya, hombre! —exclamé prestándole mi ayuda para librarle de su impermeable.

Le ofrecí una taza de té caliente para prevenir un resfriado. El la aceptó sin dudar un solo momento; así que fui en busca de mamá para solicitarla.

Cuando regresé, Manuel jugaba distraídamente con la novela de Kafka.

—Kafka me pone mal —dijo colocándola sobre la mesa.

—¿Cómo? —le pregunté con una sonrisa sabiendo que, como de costumbre, Manuel saldría con una de sus respuestas incongruentes tan características.

—Bueno... Ese mundo de angustia que vive K. en El Castillo y en El Proceso creo que es también el mío —dijo esta vez con el rostro serio y la voz cargada de un tono grave: algo insólito en él un muchacho más bien alegre y dado a tomar el mundo, como se dice, “a la ligera”, sin ningún problema que inquiete los ánimos.

Al observarle, después de un momento de silencio en que esperé infructuosamente que estallara la explosión de su risa franca, intuí que estaba pasando por un mal momento. No quise romper el silencio, pues creía que era mejor que el propio Manuel aclarara mi confusión ante sus palabras.

Manuel se puso de pie y empezó a hablar. Sus primeras palabras fueron verdaderamente ininteligibles, pero poco a poco me fui enterando

de su estado anímico. Se encontraba en un momento gris, crucial de su vida. Tremendas y decisivas cargas eléctricas le sacudían el alma amenazando con derrumbarlo todo. Ya no creía en ningún valor humano, en algo que le diera fuerzas para seguir viviendo... Pues, la noche anterior había sido rechazado definitivamente, categóricamente, cruelmente, por su novia... ¿El motivo? ¡El más indigno y obvio: su origen indio! ¡Como si no viviéramos en una nación mestiza! ¿Quién podía todavía creer en la superioridad étnica de unos pueblos con respecto a otros? Lo irracional destrozaba toda la ilusión que había ido viviendo. Se encontraba solo. Sentía que todo era inútil y tonto. No creía en nada. Como nunca había tenido fe en algo que no fuera la simple y elemental relación entre los vivientes, ahora estaba seguro que se habían roto todos los puentes. El amor era un engaño, una astucia de la que se servía la especie para subsistir en el mundo.

La voz de Manuel enmudeció. Sólo escuchaba sus pasos sobre la alfombra y el rumor de terciopelo de las gotas mansas contra la ventana. No me atrevía a levantar la vista para observar el rostro de mi amigo. Su revelación había perturbado mi tranquilidad y no sabía juzgarla como algo cursi, que mucho de ello tenía al menos su relación oral, o como algo verdaderamente dramático, que aun una persona cursi se puede encontrar ante una situación límite.

Mi madre entró portando las dos tazas de té caliente. Saludó afectuosamente a Manuel y se puso a conversar un momento con él sobre el viaje espacial, tema que le estaba preocupando a todas luces. Dijo que de todas maneras le parecía mal destruir el sentido romántico que tenía la Luna para los jóvenes y convertirla en un arsenal de bombas atómicas; pues ella afirmó no ignorar las “intenciones” de las potencias mundiales en su conquista sideral. Manuel cambió completamente de semblante y se puso a secundar a mi madre en sus sentencias. Entre los dos tejieron presto una complicada red de suposiciones que me produjo sorpresa ante el vuelo de la imaginación desenfrenada. “Pronto recrearán el Olimpo”, me dije. Terminando de construir todas las conjeturas posibles, mi madre se despidió invitándolo a almorzar. Manuel aceptó a quedarse.

La interrupción de mamá sirvió para aligerar un poco la tensión creada por las confidencias de Manuel. Pero, a su salida se hizo un silencio incómodo en la sala. Cada uno de nosotros se dedicaba a beber, con delectación y apremio un poco artificiales, el té caliente. El rostro de Manuel empezó a cambiar nuevamente adquiriendo sus facciones un aspecto duro, tenso que expresaba sin duda todo su clima interior. Manuel era un hombre sencillo que quizás podría ser calificado de “inauténtico” dentro

de la terminología heideggeriana: vivía la vida acomodándose al instante y al “se” del común de las gentes; pero, ahora, se veía envuelto en un remolino que le arrastra a senderos abismáticos, a texturas ásperas de la existencia.

—Anoche pasé una experiencia negra —volvió a hablar Manuel dejando la taza vacía a un lado—. Después de romper con Leticia quise ir a un bar a emborracharme perdidamente, pero nunca me gusta la bebida, ni siquiera en un estado de ánimo deprimente... También pensé ir a un prostíbulo a acostarme con una de esas mujerzuelas, pero esto más bien me dio asco. En el fondo quería estar solo... No sé. Pero, apenas me encerré en mi cuarto me asaltó la idea del suicidio. Al comienzo simplemente como un proyecto vago, opaco, que lo estuviera planeando para otro y no para mí; algo así como escribir una carta por encargo de alguna persona, decir “te quiero” tratando simplemente de representarse el sentimiento, sin sentirlo. Pero, poco a poco, la idea fue asentándose su presencia en mi mente, la fui sintiendo como algo que me incumbía personalmente, que ponía en juego todo mi ser; algo obsesivo y superior a mis fuerzas, como si desde dentro me fuera poseyendo un demonio, utilizando la mayor de las astucias: la fascinación; pues, sin darme cuenta, abandonando el temor que había suscitado en mí su presencia primera, me encontré plenaendo febrilmente las maneras posibles de eliminarme... Busqué, desordenando todo, una soga en mi cuarto sin dar con ella. Bajé al depósito; allí tampoco había algo que pudiera ser útil para ese menester. Busqué mi carabina antigua. La encontré, pero apenas tenía un solo proyectil que me parecía demasiado pequeño para quitarme la vida. Volví a subir a mi pieza y terminé por tomar una navaja con la idea de cortarme las venas de la muñeca. Como si estuviera actuando un papel ya ejercitado por mí hasta dominarlo, preparé todo: la navaja, el depósito para la sangre, una carta fulminante a Leticia y otra a la prensa. Me recliné en la cama y tomé la navaja. El brillo centelleante del metal contra mis ojos hizo de un balde de agua fría, me despertó completamente de mi hipnosis nefasta. Me puse a temblar como un niño y arrojé la navaja contra la pared... El demonio huyó a mis recintos más oscuros, donde no llega mi conciencia, y me quedé desconcertado. Salí de mi cuarto...

Se quedó sin aliento para seguir hablando. Me miró a los ojos por un momento largo. Su mirada se fue tranquilizando a medida que nuestros ojos establecían un diálogo sostenido en su intensidad, que nos confundía en nuestras raíces comunes: la inestabilidad, el pudor ante una situación de abogo en nuestra existencia, el amor que, como un tímido tentáculo de humo, de sueño, se atreve a buscar nuestros contornos para asegurarnos que no estamos solos.

—Está bien... —dijo Manuel con un suspiro de alivio.

Yo me acerqué a él y le tendí la mano.

—Creo que era lo que debiera haber hecho anoche.

—Felizmente, no es demasiado tarde: estás a salvo, Manuel. A salvo de la espantosa tentación y de tu vida banal, no menos espantosa...

—Sí, creo que ya no seré el de antes.

—Ya no podrás serlo, pese a que quizás vuelvas a vivir las mismas situaciones.

Mamá interrumpió nuestro diálogo anunciándonos el almuerzo.

Pasé todo el día con Manuel. Leímos algunos pasajes de *El Castillo* y *El Proceso*. Conversamos sobre ellos. Escuchamos un poco de música. El día afuera continuaba lluvioso y gris.

Finalmente, Manuel, cuando ya había anochecido, decidió retornar a su hogar. Al ver por la ventana que el aguacero había reducido sus ímpetus hasta convertirse en una garúa tranquila y tierna, le propuse acompañarle.

Salimos. Caminamos unas cuadras conversando de todo.

Lo dejé frente al cine “Capitol” tentado con la idea de entrar al espectáculo. Rodaban “Persona” de Bergman. Yo ya la había visto, por eso le aconsejé que entrara.

Volví apresurado a casa. Pensaba dedicarme a trabajar la tesis. Algunas ideas nuevas habían surgido por aquel contacto con Manuel. Me encontraba feliz.

Al trasponer el zaguán de casa, escuché un fuerte alboroto de voces humanas que venía de las gradas que conducían al departamento de los Méndez. Una voz femenina gritaba palabras confusas informando algo que me pareció trágico. Me detuve por un momento; indeciso, con el corazón que empezaba a acelerar sus movimientos hasta hacerse insoportable como el chillido del ave fatídica que exaltaba su mensaje al fondo de la escalera.

Roma, diciembre 1969